

“Paisajes de mar y tierra”

Presencia real de las cosas: la presencia de un bote varado en la arena, de una ría que se abre a un horizonte difuso, de un huerto o de un muelle, de un viñedo riente en el terruño gallego o de una casa perdida en la inmensidad de la pampa argentina, de un caballo en un prado, de un cielo turbio o radiante, sobre el mar o sobre la terca tierra. Tales son los motivos evidentes de estos cuadros de Guillermo, cuyo fin más inmediato es sin duda el de poner esas cosas y esos seres ante nuestros ojos. Pero la evidencia oculta también, así como late en la plena luz la inminencia de la sombra. Lo que se muestra resulta así el reverso de lo que estuvo o de lo que un día estará: la presencia es también un conato y una nostalgia, un atisbo y un sigilo de ausencias. El anhelo del arte es volver presente aquello que es, donde late el secreto de lo que fue y el enigma de lo que será. Se trata, pues, de una epifanía, de una revelación en que lo real se muestra, fruto de larga contemplación, en toda su íntima certeza de estar ahí, en el centro de una mirada que tras despaciosa interrogación encuentra, como súbitamente, la esencia, la cosa en sí, y siente el deseo profundo, el deber íntimo, de plasmarla en la tela y en la sinfonía de sus óleos.

Y esa esencia es también, sin embargo, “el perfume y el ruego de un minuto”, de que hablara Shakespeare: este juego de sombras captado por el ojo, ese definido matiz que ahora licua el sol de las cuatro o perfila y define la mañana, esa bruma que no se decide a quedarse ni a levantarse del todo, esos reflejos del agua sobre un costado de la barca, el mordisco en el pasto que uno juraría oír junto a los belfos de los caballos... son frescas iluminaciones instantáneas, son pura vida tomada al vuelo y puesta en el *más allá* de la pintura, en la trémula y cálida inmovilidad del arte. ¿Cómo es posible que el tiempo se detenga, sin dejar de mostrar la velocidad de su juego? ¿Cómo puede la vida aprisionarse, sin dejar de vibrar, de vivir? Sólo el arte maravilloso del pintor tiene la respuesta, sólo la armonía de los colores, la perfección de contrastes y la vibración de su textura saben que lo que fluye sin pausa puede adquirir estancia y presencia; puede *ser*, sin dejar de parecer que deviene; puede escapar al tiempo sin dejar de imitarlo, mágicamente.

Cada cuadro es, de este modo, un recinto pensado para la perduración, un impulso de eternidad dispuesto en formas que emergen, a veces nítidas, otras difusas, siempre libres. El conjunto aparece sumergido en una luz tersa, límpida, generosa, que al mismo tiempo trae el destello del arquetipo y la convicción pasmosa de lo sensible. A duras penas creará el ojo atento que ese mundo está hecho de manchas, de huellas de óleo, de pinceladas que no describen sino que captan, que no refieren sino que invitan a habitar. Pues en ese escenario de presencias hay un ausente puro, que sin embargo con su ausencia define todo lo que ve. Es en el ojo, es en el alma del espectador donde cada uno de estos paisajes tiene su existencia, y si los espectadores estamos de paso, así por esta galería de cuadros como por la galería de la vida, bien podemos pensar que les damos a estas obras el calor trémulo de nuestra fugacidad y que acaso ellas, agradecidas, nos comuniquen algo de su perpetuidad silenciosa.

Alejandro Bekes
Concordia, 2011